

FORMA URBIS, FORMA ANIMIS. EL PAISAJE URBANO DE YECLA EN LA VOLUNTAD DE AZORÍN

Liborio Ruiz Molina

Afirma Fernando R. de la Flor que "La forma urbis es en definitiva, una forma animis. He aquí el secreto no abiertamente revelado que guardan las ciudades históricas: éstos lugares de la memoria favorecen la vida íntima, estimulan extraordinariamente la concentración espiritual"¹. Lugares de la memoria, espacios simbólicos que han quedado constreñidos a una mínima expresión por mor de la *modernidad*. Las alteraciones del paisaje urbano operadas en pueblos y ciudades de nuestro país a lo largo del siglo XX han acarreado la pérdida de identidades, de rasgos peculiares, difícilmente recuperables si no es por la vía de lo literario, como el caso que nos ocupa de Yecla y Azorín.

Yecla, como espacio simbólico en manos de Azorín, se nos muestra en una época que transpira una acentuada angustia existencialista; de un tiempo decadente, indolente y que viene a ser, como afirma Martínez Cachero "la cifra y el símbolo de los pueblos de España"². Son por tanto espejos de una realidad desoladora que llevarán a María del Portal a afirmar: " En efecto, sobre esta Yecla de

La Voluntad se han ido proyectando los males típicos de la España finisecular. Recordemos: miseria, usura, caciquismo, excesiva y pernicioso influencia del clero. Y por si fuera poco, inercia, incapacidad para salir de la envolvente parálisis que inmoviliza a nuestra patria..."³. Mas, esa Yecla síntesis de un España decadente, advertirá Inman Fox, "adquiere dimensiones simbólicas, que trascendiendo del ambiente social y físico del pueblo mismo, resume el mensaje de toda una generación"⁴. Yecla, por tanto, será a Azorín lo que Salamanca a Unamuno, Soria a Machado, Segovia a Zuloaga u Orihuela a Miró, contemplándose éstas como ciudades fósiles sobre las que el tiempo se ha detenido, sin que sobre ellas pueda vislumbrarse un futuro alentador. En opinión de Fernando R. de la Flor -cito textual- "No es solo que la mayoría de las ciudades españolas no progresen urbanísticamente en esa época clave, o que no lo hagan lo suficientemente, sino que en su interior no alientan definitivamente lo ideales modernos, y que incluso ellas mismas se piensan o se sueñan mejor como bastiones en defensa del pasado que como puntos

¹ FLOR., Fernando R. de la. "Los lugares de la memoria: el intelectual y el aura de la ciudad histórica entre dos fines de siglo". Salamanca, 1998. pp. 127-147

² AZORIN. *Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2000. 10ª ed. Por José María Martínez Cachero, p. 22.

³ MARTÍNEZ DEL PORTAL, María. "Yecla en la obra de José Martínez Ruiz" *Homenaje a Azorín en Yecla*, Murcia: Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1988. p. 95.

⁴ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid: Ediciones Castalia, 1989. Edición de Inman Fox.

⁵ FLOR, Fernando R. de la. "Los lugares de la memoria..." p. 128.

⁶ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997. Edición María Martínez del Portal. Primera Parte. Capítulo VI. p. 143.

⁷ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición María Martínez del Portal. (1997). Primera Parte. Capítulo VI. p. 149.

⁸ *Ibidem* nota 6. Segunda Parte. Capítulo. IV. P. 263

desde los que proyectarse al porvenir"⁵. En este sentido el propio Azorín en *La Voluntad*, por boca de Yuste, nos dice:

« - Esto es irremediable, Azorín, si no se cambia todo... Yyo, no sé que es más bochornoso, si la iniquidad de los unos o la mansedumbre de los otros... Yo no soy patriota en el sentido estrecho, mezquino, del patriotismo... en el sentido romano... en el sentido de engrandecer mi patria a costa de las otras patrias... Pero yo que he vivido en nuestra historia, en nuestros héroes, en nuestros clásicos... yo que siento algo indefinible en la callejuelas de Toledo, o ante un retrato del Greco... y oyendo música de Victoria... yo me entristezco, me entristezco ante ese rebajamiento, ante esta disposición dolorosa del espíritu de aquella España... Yo no se si será un espejismo del tiempo... a veces dudo... pero Cisneros, Teresa de Jesús, Theotocopuli, Berruguete, Hurtado de Mendoza... esos no han vuelto, no vuelven... Y las viejas nacionalidades se van disolviendo... perdiendo todo lo que tienen de pintoresco, trajes, costumbres, literatura, arte...para formar una gran masa humana, uniforme y monótona...»⁶

Con más rotundidad, si cabe, aparece esa idea de ciudad-bastión concebida como elemento de defensa de los valores eternos de España, cuando el mismo Yuste afirma:

« ...Yo amo Yecla. A ese buen pueblo de labriegos... Los veo sufrir...

Los veo amar, amar la tierra... y son ingenuos y sencillos, como los mujiks rusos... y tienen una Fe enorme... la Fe de los antiguos místicos... Yo me siento conmovido cuando los oigo cantar su rosario en las madrugadas... Algunos, viejos ya, encorvados, vienen los sábados, a pie, de campos que distan seis u ocho leguas... Luego, cuando han cantado, retornan otra vez a pie a sus casas... Esa es la vieja España..., legendaria, heroica...

Y el maestro Yuste detiene su mirada en la lejana ciudad que se esfuma en la penumbra del crepúsculo, mientras las campanas tocan en campaneó polirrítmico.»⁷

Esa ciudad anquilosada, anclada en el pasado, constreñida en su propio paisaje que la envuelve dándole una pátina de antigüedad venerable, es Yecla, que al igual que Toledo será para Azorín una ciudad «sombria, desierta, trágica, que le atrae y le sugestiona»⁸; y es esa ciudad la que pretendemos recuperar, en lo literario y en lo histórico, haciendo un recorrido por sus calles, sus plazas y plazoletas, y sus monumentos, tomando como soporte *La Voluntad*, novela que muy bien podría haberse titulado *Yecla*. Nuestro punto de partida será el santuario del Castillo, encaramado en lo alto del cerro, a cuyos pies se extiende la ciudad. Desde el amplio mirador de su explanada leemos y contemplamos:

« El cielo se extiende en tersa bóveda de joyante seda azul. Radiante,

limpio, preciso aparece el pueblo en la falda del monte. Aquí y allá en el mar gris de los tejados uniformes, emergen las notas rojas, amarillas, azules, verdes, de pintorescas fachadas. En primer término destacan los dorados muros de la iglesia Vieja, con su formidable torre; más abajo la iglesia Nueva; más abajo lindando con la huerta, el largo edificio de las Escuelas Pías, salpicado con los diminutos puntos de sus balcones. Y esparcidos por la ciudad entera, varios templos, ermitas, oratorios, capillas: a la izquierda Santa Bárbara, San Roque, San Juan, ruinoso, el Niño con los tejadillos de sus cúpulas rebajadas; luego a la derecha, el Hospital, flanqueado de sus dos minúsculas torrecillas, San Cayetano, las Monjas... >>⁹

Perfectamente definida queda la ciudad. Como si de hitas se tratara, aparecen y se suceden los edificios emblemáticos que confieren a la trama urbana de Yecla su particular fisonomía. Es desde el Cerro del Castillo desde donde se otea el paisaje rural del campo yeclano, concebido también en la *La Voluntad* como espacio simbólico que viste, al tiempo que ahoga, a la urbe.

<< En los días grises del otoño, o en marzo, cuando el invierno no finaliza, se siente en esta planada silenciosa el espíritu austero de la España clásica, de los místicos inflexibles, de los capitanes tétricos -como Alba-; de los pintores tormentarios -como Theotocopuli-; de

las almas tumultuosas y desasosegadas -como Palafox, Teresa de Jesús, Larra...- El cielo es ceniciento; la tierra es negruzca; lomas rojizas, lomas grises, remotas siluetas azules cierran el horizonte. El viento ruge a intervalos. El silencio es solemne. Y la llanura solitaria, tétrica, suscita las meditaciones desoladoras, los éxtasis, los raptos, los anonadamientos de la energía, las exaltaciones de la fe ardiente...»¹⁰

Son también espacios de la memoria cargados de historia, lugares de asentamiento de antiguas y misteriosas civilizaciones: La Sierra del Cuchillo, La Magdalena, El Pulpillo, Las Moratillas, El Arabí, El Cerro de los Santos...¹¹ Nos dice Azorín al respecto:

<< Desde la ciudad, si vais a ella, veréis en la lejanía la cima puntiaguda y azul del Monte Arabí; a sus pies se extiende una inmensa llanura solitaria y negruzca. Y en esta llanura, sobre las mismas faldas del Monte Arabí, se alzaba una ciudad espléndida y misteriosa, dominada por un templo de vírgenes y hierafontes, construido en un cerro. No se sabe a punto fijo, a pesar de las minuciosas investigaciones de los eruditos, que pueblos y que razas vinieron en la sucesión de los tiempos»¹².

En el Cerro del Castillo, nuestro particular punto de partida, se halla un santuario cuya construcción debió efectuarse a partir de la segunda mitad del

⁹ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997. Edición de María Martínez del Portal. Primera Parte, Capítulo I. p. 121.

¹⁰ Ibidem nota 8. Primera parte. Capítulo XXIV pp. 230-231

¹¹ Véase al respecto RUIZ MOLINA, Liborio. "Paisajes históricos en *La Voluntad* de Azorín" *Revista Montearabí* 8-9. Yecla: Ateneo Literario, 1990. pp. 85-104.

¹² AZORIN. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa Calpe, 2000. 10ª ed. Por José María Martínez Cacherro. Desde la segunda mitad del siglo XIX las consideraciones hechas por Aureliano Fernández Guerra en su *Contestación al discurso de E. Saavedra al ingreso en la Academia de la Historia* en el año 1862, se había admitido la identificación de la mansio romana *ad palem*, referenciada en los Vasos de Vicarello, con el Cerro de los Santos, lugar donde se localizaba un santuario que era considerado como arrabal de la ciudad de Ello, que se pensaba ubicada en las inmediaciones del Monte Arabí. De manera que ambas realidades, Cerro de los Santos y la ciudad de Ello eran una misma cosa y por tanto compartían un origen común. La desaparición de ambas vendría dada con la destrucción de la ciudad, que era hasta ese momento la capital de la Cora de Tudmir, por Abd-al-Rahman II. La tesis de Fernández Guerra se mantuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX. Véase al respecto: LASALDE, Carlos. "Historia de Yecla" *Semanario Murciano*. Año IV. 1881. (Capítulo VI); SIMONET, F. *Historia de os Mozárabes en España*. Madrid, 1897-1903; AMADOR DE LOS RÍOS, M. *Murcia y Albacete*. Madrid, 1888; MERINO ALVAREZ, G. *Geografía Histórica de la Provincia de Murcia*. Madrid, 1915; ZUAZO PALACIOS, J. La villa de Montealegre y el Cerro de los Santos, 1915. La historiografía reciente y sobre todo la arqueología han venido a separar ambas realidades pues son claramente distintas. La ciudad de Ello nada tiene que ver con el santuario ibérico del Cerro del San

tos, que parece que estaba activo, como centro de culto, al menos desde el siglo IV a.C., aperiéndose una transformación en él tendente a una monumentalización del mismo hacia el siglo II a.C., siendo perceptible en los modelos iconográficos de la estatuaría hallada en lugar y cuyo modelo de culto hubo de mantenerse hasta el siglo I d.C. En cuanto a la diosa o divinidad titular y como ya apuntara en su momento P. Sillieres en "Pales y la deseé du Cerro de los Santos" *VIII Simposio de Prehistoria Peninsular*. Córdoba, 1976 y en "Le Camino de Aníbal, Itineraire des gobelets de Vicarello, de Cástulo a Saetabis" *Miscelánea de la Casa de Velásquez*, 13. 1977. pp. 31-83, parece ser que fue introducida en época romana, concretamente a partir del siglo II a.C. La proximidad del santuario a la Vía Augusta debió ser determinante para la introducción del culto a esta diosa romana de la fertilidad, llamada Pales. Véase además: RUIZ MOLINA, Liborio. "La Arqueología en La Voluntad de Azorín. *Revista de Estudios Yeclanos*. *Yakka*, 12(2002) pp. 159-178.

¹³ Véase RUIZ MOLINA, Liborio. *Hisn Yakka. Un castillo rural de Sarq al-Andalus. Siglos XI al XIII. Excavaciones Arqueológicas en Cerro del Castillo de Yecla*. (1990-1999). *Revista de Estudios Yeclanos*. *Yakka* 10 (2000).

¹⁴ Justo Millán Espinosa (1843-1928) Arquitecto Natural de Hellín (Albacete) es el máximo exponente en Murcia del denominado eclecticismo arquitectónico de tendencia neobizantina. Entre sus obras más destacadas figuran el Teatro Romea (Murcia, 1880), el teatro Vico (Jumilla, 1883), la Plaza de Toros de la Condomina (Murcia, 1886), iglesia de Villanueva del Segura (1991) y la iglesia de La Unión (1895). En Yecla realizó varias obras entre los años 1880-1888, tales como iglesia del Niño Jesús (1880-1888), escalera del Ayuntamiento (1883), la Lonja Municipal (Actual Auditorio Municipal. 1885), explanada del y reforma de la iglesia del Castillo (1886), ensanche del cementerio eclesiástico y su iglesia (1887), fachada del Teatro Concha

siglo XIII, tras la conquista cristiana de estas tierras, muy probablemente sobre una antigua mezquita islámica, asociada a la fortaleza situada en la cima del cerro y a la madina o poblado hallado en su ladera SE y que en la actualidad se encuentra en curso de excavación arqueológica¹³. La titular del santuario en sus orígenes fue Nuestra Señora de la Encarnación, cambiando a la advocación de la Purísima Concepción a comienzos del siglo XVIII. El edificio ha sufrido varias reformas constructivas, siendo la más significativa la llevada a cabo por el arquitecto Justo Millán Espinosa¹⁴ entre los años 1880 y 1882. El proyecto de reforma contemplaba no solo el edificio de la antigua ermita o santuario, sino también el camino de acceso desde la ciudad por la ladera norte y la construcción de una amplia explanada frente a la ermita, que cambiará por completo su disposición, pasando su orientación de E-W a N-S, y un nuevo camarín para la Virgen, que fue trabajado en mampostería con cubierta en cúpula rebajada de teja vidriada azul y blanca. La fachada quedará ornamentada con cornisas labradas en el pórtico de acceso, adornos en el frontón triangular lobulado y remate del hastial, todo ello en fábrica de ladrillo. De ésta, no queda nada en la actualidad, ya que como consecuencia de la Guerra Civil Española (1936-1939) el templo sufrió daños considerables y la fachada fue completamente reformada entre los años 1945-1950, que es la que en la actualidad puede verse¹⁵.

<< *Yuste y Azorín suben al Castillo. El Castillo es un santuario moderno. Un ancho camino en zigzag conduce hasta la cumbre. Y desde lo alto, aparece la ciudad asentada al pie del cerro, y la huerta con sus infinitos cuadros de verdura y los montes Colorado y Cuchillo que cierran con su silueta yerma el horizonte... Al otro lado del Castillo se extiende la llanura inmensa, verdeante a trechos, a trechos amarillenta, limitada por el perfil azul, allá en lo hondo, de la sierra de Salinas*»⁶.

Nos disponemos a bajar del santuario paseando por el zigzagante camino hasta llegar a un espacio abierto, que se conoce con el nombre de "paso de la bandera"¹⁷. Cuentan que el lugar sirvió en tiempos de moros como zoco y lugar de asamblea, y que se conoció entre las gentes del lugar como el "recuenco del castillo". La panorámica de la ciudad desde este lugar es inmejorable, se vislumbra la Yecla vieja y la Yecla moderna, lo que perdura y lo que hemos destruido, lo eterno y lo perecedero. Hace tan solo cien años, que digo, no más de treinta, desde este lugar y tras el caserío se veía abrirse, extensa, casi infinita, la vega, la huerta... Hoy podemos tan solo adivinarla moteada en tenues colores y abigarrada de multiformes construcciones que sirven de solaz a las gentes de la urbe. Pero las retinas, os aseguro, en otro tiempo, se saturaban al contemplar, como si de un cuadro de del maestro impresio-

nista Beruete¹⁸ se tratara, que:

«La verdura impetuosa de los pámpanos reptas por las blancas pilastras, se enrosca en las carcomidas vigas de los parrales, cubre las alamedas de tupido toldo cimbreante, desborda en tumultuosas oleadas por los panzudos muros de los huertos, baja hasta arañar las aguas sosegadas de la ancha acequia exornada de ortigas. Desde los huertos, dejado atrás el pueblo, el inmenso llano de la vega se extiende en diminutos cuadros de pintorescos verdes, claros, grises, brillantes, apagados, y llega en desigual mosaico a las suaves laderas de las lejanas pardas lomas. Entre el follaje, los azarbes pletóricos serpentean. El sol inunda de cegadora lumbre la campiña, abate en ardorosos bochornos los pámpanos redondos, se filtra por las copudas nogueras y pinta en tierra fina randa de luz y sombra. De cuando en cuando una ráfaga de aire tibio hace gemir los altos maizales rumorosos. La naturaleza palpita enardecida.»¹⁹

Ya estamos en el caserío, a espaldas de la Iglesia Vieja. Hagamos un alto junto a su torre, en la calle Once Vigas, así llamada por que de antiguo había en esta calle-callejón once escalones, separados por once grandes vigas²⁰. El edificio de la Iglesia Vieja o Parroquia de la Asunción fue construido a lo largo de la primera mitad del siglo XVI y responde a una traza de nave única, de planta rectangular, de estilo gótico con bóveda de

crujería y capillas laterales entre los contrafuertes²¹. Destaca en la fachada septentrional una portada flamígera enmarcada en arquivoltas. En su exterior se yergue bravia la torre renacentista conformada por cuatro cuerpos. El tercer cuerpo está coronado por un magnífico friso ornamental donde hay esculpidas en mediorelieve veintiocho cabezas, siete por cada lado, alternándose cada una de ellas con un motivo decorativo tipo "candelieri" y donde quizá se esté representando a los estamentos (nobleza, clero, ejército y estado llano) o las profesiones; a estas veintiocho cabezas hay que añadir cuatro más ejecutadas en altorrelieve que se sitúan en cada uno de los cuatro vértices. Tres de ellas son antropomorfas (un hombre joven, un hombre maduro y un hombre anciano) y la cuarta una representación zoomorfa (cabeza de león). Se ha interpretado el sentido de estas cabezas como el símbolo del paso del tiempo en general: pasado, presente y futuro, guiado por la prudencia, entendida como virtud (cabeza zoomorfa). En su conjunto, las "caras de la iglesia Vieja", probablemente respondan a una interpretación iconográfica en la que está presente la idea de la igualitaria muerte entre los individuos, procedan del estamento que procedan, siendo el friso meridional (representación de dos calaveras y cinco rostros con expresión de angustia) el que mediatiza al resto del conjunto de representaciones²². Cuentan, que la cabeza perteneciente al hombre en su madurez podría ser la del escultor de tan ex-

Segura (1888), Casino Primitivo (1888), escaleras actual Casa Municipal de Cultura (1888) y la horma de Niño (1890). Véase al respecto: RUIZ MOLINA, Liborio "Documentos para el estudio de la obra del Arquitecto Justo Millán Espinosa en Yecla (1880-1888)" *Revista de Estudios Yeclanos. Yakka. 3 (1991)* pp. 183-206.; ORTUÑO PALAO, Miguel; ORTIN MARCO, Carmen. *Las calles de Yecla*. Barcelona: Ediciones del Azar, 2003. p. 45.

¹⁵ Véase DELICADO MARTINEZ, Francisco Javier. Y CABOT BENITO, Amparo. *España Mariana. Yecla. Y el eremitorio -santuario del Castillo: Arte y Devoción*. Yecla: 1990. Para la obra de Justo Millán en Yecla véase además RUIZ MOLINA, Liborio. "Documentos para el estudio de la obra de Justo Millán en Yecla: La parroquia del Niño Jesús (1880-1888)" *Revista e Estudios Yeclanos. Yakka 3 (1991)*. pp. 183-206.; DELICADO MARTINEZ, Francisco Javier. "La Iglesia del Niño Jesús de Yecla. Arquitectura y Arte." *Revista de Estudios Yeclanos. Yakka. 4 (1992-1993)* pp. 9-14

¹⁶ MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Primera Parte. Capítulo IX. P. 162. Edición María Martínez del Portal.

¹⁷ El nombre de "Paso de la Bandera" viene dado por la Fiestas Patronales de Yecla, que se celebran anualmente a comienzos del mes de diciembre en honor a la Purísima Concepción. El lugar es parada obligada del Mayordomo que porta la Insignia de la Bandera, procediendo a rodarla describiendo círculos, denominándose tal operación "jugar la bandera", siendo acompañada por salvas de arcabucería.

¹⁸ Aureliano de Beruete y Moret. (Madrid. 1845-1912) Pintor impresionista. María del Carmen Pena en su libro *Pintura de Paisaje e Ideología. La Generación del 98*. Madrid, Taurus, 1983, apunta las conexiones, lo mucho que hay en común entre el pintor Beruete y al escritor Azorín, como exponentes del impresionismo en lo artístico y lo literario respectivamente.

¹⁹ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Vo*

luntad. 1902. Primera Parte. Capítulo XII. P. 177. Edición María Martínez del Portal.

²⁰ ORTUÑO PALAO, Miguel. ;ORTIN MARCO, Carmen. *Las calles de Yecla*. Barcelona: ediciones del Azar, 2003. p. 174.

²¹ Véase GUTIERREZ CORTINES CORRAL, Cristina. *Renacimiento y arquitectura religiosa en la antigua diócesis de Cartagena (Reino de Murcia. Gobernación de Orihuela y Sierra del Segura)*. Murcia: Consejería de Cultura y Educación, 1987. pp. 360-370.

²² Véase sobre La Iglesia Vieja o Parroquia de la Asunción en general a DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier. "La "Iglesia Vieja" de Yecla. Apuntes para su estudio sobre su arquitectura y escultura". *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, 1982. pp. 92-97; para la interpretación y simbolismos de "las caras", véase LÓPEZ CAMPUZANO, Manuel. "Aproximación a la simbología de las "caras" de la Iglesia Vieja. Yecla (Murcia)" *Revista de Estudios Yeclanos. Yakka. 4 (1992-1993)*pp. 35-40. Véase también al respecto RUIZ MOLINA, Liborio. *Testamento, muerte y religiosidad en la Yecla del siglo XVI*. Yecla: Ayuntamiento-Academia Alfonso X el sabio, 1995. p. 22.

²³ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Primera Parte. Capítulo I. p. 122. Edición María Martínez del Portal. (1997)

traordinario friso, un italiano llamado Jacobo Florentín que trabajó y vino a morir a la vecina localidad de Villena en el año 1525. También hay quien sugiere la posibilidad de que el escultor pudo ser el montañés Jerónimo Quijano, que trabajó también en la vecina localidad de Villena por aquellos años, interviniendo en la construcción de la torre de la iglesia de Santiago, de factura similar a la torre de La Asunción de Yecla. Fuera quien fuese, el caso es que la autoría de este formidable friso sigue siendo un misterio y:

« En el fondo de un calleja de terreros tajadillos, el recio campanario de la iglesia Vieja se perfila bravo. Misterioso artista del Renacimiento ha esculpido en el remate, bajo la balaustrada, ancha greca de rostros en que el dolor se expresa en muecas hórridas. Y en la nitidez espléndida del cielo, sobre la ciudad triste, estas caras atormentadas destacan como símbolo perdurable de la tragedia humana»²³

El viejo caserío medieval se extiende alrededor de la iglesia Vieja, envolviéndola, arropando tan majestuoso edificio y a su robusta y bella torre culminada con chapitel octogonal, silueta característica de una trama urbana disimétrica, de angostas callejuelas que aún hoy muestran pequeñas casas tejavanas, algunas hasta mantienen en sus fachadas el blanco luminoso de la cal y el añil de sus puertas y pequeños ventanucos. Caminamos por la calle Iglesia hasta llegar a una

pequeña hornacina de estilo neogótico construida en el siglo XVIII, que contiene una pequeña figura que representa a San Blás. En sus inmediaciones un pequeño arco, que llaman de Isabel La Católica, por que según se cuenta fue construido en honor a la reina católica para conmemorar que pasó y pernoctó en la villa entre los días cuatro y cinco de agosto de 1488. Circunstancia esta última que sí obedece a una realidad histórica, no ya lo referente al arco, que más bien parece un elemento arquitectónico que separa un barrio, el de San Cristóbal, del resto de la trama urbana medieval y que muy probablemente bien pudiera haber sido la antigua judería en los siglos XIV y XV. Junto al arco, abrimos de nuevo el libro y leemos:

« A la derecha de la iglesia Vieja -ya en la ciudad- está la parte antigua del poblado. La parte antigua se extiende sobre la escarpada peña en apretujamiento indefinido de casas bajas, con las paredes blancas, con las puertas azules, formadas en estrechas callejuelas, que reptan sinuosas. Hondas barrancas surcan el arroyo; montículos pelados sobresalen lucientes. Y un angosto pasillo tallado en roca viva conduce a los umbrales, o unas empinadas escaleras ascienden a las puertas. El sol de marzo reverbera en las blancas fachadas. En las aceras, un viejo teje pleita ensimismado; una mujer inclinada sobre aceitosa cabellera va repasándola atenta hebra por hebra; del fondo lóbrego de una almaza-

ra sale un hombre y va colocando en larga rastra los cofines. Y la calleja, angosta y retorcida, ondulante, continúa culebreando hacia la altura»²⁴

Bajamos por la calle Morera hasta confluir con la calle Corredera²⁵, y:

«Doblada la esquina, recorridos breves pasos, la plaza destartada del Mercado aparece con sus blancos soportales en redondos arcos, con su caserón vetusto del ilustre concejo»²⁶.

Estamos en la Plaza Mayor²⁷; plaza porticada que se erige como claro ejemplo de reconstrucción del centro cívico de la antigua villa de Yecla a comienzos del siglo XVI, siendo ésta, junto a la iglesia Vieja o Parroquia de la Asunción, los referentes urbanísticos de la época y que servirán como elementos básicos en la ordenación de trama urbana en futuras expansiones del caserío hacia el llano. El referido centro cívico quedará definido a lo largo de la centuria del quinientos, conformado esencialmente por el edificio del concejo o ayuntamiento, la parroquia, el pósito, la lonja, carnicería, locales comerciales de productos de primera necesidad, botica, etc. A lo largo del siglo XVII la Plaza Mayor sufrirá una serie de reformas que darán como resultado su fisonomía actual. Las referidas obras comportaron: el ensanche de la misma en su lado sur con el derribo de un conjunto de casas, lo que permitió establecer un eje o línea de

conexión con el edificio de la iglesia Vieja (actual calle Concejal Sebastián Pérez)²⁸; la construcción junto al edificio del pósito de la ermita de la Virgen de las Nieves (hoy desaparecida, de la que tan solo queda la Torre del Reloj), ocupando su nave única el actual Auditorio Municipal, antes Lonja, construida por el arquitecto Justo Millán Espinosa en la década de los ochenta del siglo XIX; la ampliación del edificio del Concejo, construyendo un cuerpo adosado a modo de torreón o bastión y por último, la edificación de la casa-palacio de los Alarcos (actualmente rehabilitada para dependencias municipales).

El edificio del Concejo se construyó en la primera mitad del siglo XVI. Su fachada es clasicista, labrada en piedra de sillería, estructurándose con un doble arco que descansa en columna de orden toscano y fuste estriado. En el centro y entre ambos arcos se halla el blasón o escudo imperial de Carlos V con la característica águila bicéfala²⁹. Otro de los elementos destacables de la fachada es el balcón o ventana en ángulo en su lado meridional y sobre esta una rudimentaria escultura en altorrelieve que representa a Hércules, figura barbada, vestida con la piel del león de Nemea, portando clava en la mano derecha y escudo sobre la izquierda en cuyo centro se representa una calavera. Sobre sus pies la cabeza de león. La representación de Hércules en el palacio comunal estaría en sintonía con el espíritu renacentista que veía en este héroe un modelo o referente de virtudes³⁰.

²⁴ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Primera Parte. Capítulo I. p. 121. Edición María Martínez del Portal. (1997)

²⁵ La Calle Corredera es la más antigua documentada, en concreto desde el año 1527. Se conocía así por tratarse del paseo de villa, según algunos autores; o por ser el lugar donde se corrían los toros hasta confluir en la Plaza Mayor, lugar donde se celebraban los en los festejos taurinos, según otros. Fuere como fuere el trazado de la calle corredera marca el límite de expansión urbana del siglo XVI hacia levante.

²⁶ *Ibidem* nota 16. p.122.

²⁷ Véase DELICADO MARTINEZ, Francisco Javier. "La Plaza Mayor de Yecla: Arquitectura y urbanismo". *Revista de Estudios Yecla nos*. *Yakka*. 3(1991) pp. 145-168.

²⁸ Sebastián Pérez Lorenzo (1883-1917) Desde 1914 fue un destacado líder socialista de Yecla. El 13 de agosto de 1917 con motivo de la huelga general y debido a los fuertes enfrentamientos entre obreros y Guardia Civil, intento mediar para poner paz y fue herido de gravedad, muriendo al día siguiente como consecuencia del disparo recibido. La calle fue rotulada en su memoria en 1979. Véase al respecto ORTUÑO PALAO, Miguel; ORTIN MARCO, Carmen. *Las calles de Yecla*. Barcelona: ediciones del Azar, 2003. pp.64-65.

²⁹ RUIZ IBÁÑEZ, Fernando. *Yecla. Repertorio Heráldico*. Murcia: Editorial KR, 2001. p. 78.

³⁰ RUIZ MOLINA, Liborio. "El Hércules del Ayuntamiento de Yecla". *Se hace saber*. Yecla, julio-agosto, 1985. n.º 8 p. 10.; DELICADO MARTÍNEZ, Javier. *La Plaza Mayor*. p. 156.

³¹ RUIZ IBAÑEZ, Fernando. *Yecla...* pp.82-83.

³² RUIZ IBAÑEZ, Fernando. *Yecla...* p. 83-84.

En el interior del edificio destaca la escalera bifurcada en doble tramo, proyectada en la década de los ochenta del siglo XIX por el arquitecto Justo Millán Espinosa y que permite el acceso a la planta noble, donde destaca el antiguo salón de sesiones o Sala Capitular construida durante el mandato del alcalde mayor Manuel Carpintero Eraso (1777-1781). En el punto donde se produce la bifurcación de las escaleras y en la pared frontal se observa el blasón o escudo de armas de Juana I de Castilla, con la característica águila de San Juan coronada, que abraza el escudo de Castilla. Probablemente, este blasón estuvo colocado en la fachada principal, siendo sustituido por el ya referenciado de su hijo, el emperador Carlos V³¹. En la parte superior del blasón se halla una escultura en alto-relieve de ejecución tosca y que representa una figura femenina. Su procedencia y cronología son desconocidas. Cuentan, aunque no se sabe a punto cierto, que la escultura se halló en los Torrejones, yacimiento hispano-romano, habitado desde el siglo II a.C hasta, al menos, el siglo VI de nuestra era.

A la misma época que el edificio del Concejo corresponde el *Pósito o Alhorín*, situado frente a aquel y formando ángulo recto, que sirve de cierre a la plaza porticada en su lado sureste. Se trata de una construcción renacentista realizada en dos plantas y con piedra de sillería, con soportales y arquería de cinco arcos (cuatro en fachada y uno en interior) que descansan en columnas y pilastras de

estilo toscano. En su origen el Pósito era la casa de contratación de trigo, convirtiéndose con el tiempo en depósito de semillas. A fines del siglo XVIII dejó de tener esta función, pasando a ser utilizado, desde mediados del siglo XIX, como escuela de instrucción pública.

En el lado norte de la plaza se construye a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII el conocido como *Palacio o Casa de los Alarcos*, perteneciente a las familias hidalgas Gil de Alarcos y Palao de Alarcos. Se trata de un edificio tardo renacentista muy sobrio, construido en manipostería combinada con sillería en esquinas. Destaca en su fachada, situado sobre friso denticulado y ventana, un blasón o escudo donde se representa la Cruz de Calatrava con leyenda en rectángulo inferior que dice: MEMORIARE ET NOVÍSIMA TUA ET INETERNUM NOM PECABIS, AÑO 1659. El significado de la leyenda y la representación de un ángel por cimera, parecen indicar que estaban destinado a perpetuar la memoria de un niño fallecido³².

Entre el Palacio de los Alarcos y el edificio del Concejo (adosado a éste) se construye a fines del siglo XVII una torre o bastión en manipostería, de planta cuadrada y cubierta a cuatro aguas. Destaca sobre el balcón el escudo de armas de Yecla, (Castillo sobre piedras y león encadenado en su puerta) realizado en relieve y en piedra caliza. En su base aparece una inscripción que reza así: REINANDO CARLOS II YECLA MANDO HA-

CER ESTA ARMAS SIENDO COMISARIOS D. ANTONIO MUÑOZ VICENTE Y D. JUAN SPUCHE ORTUÑO. REGIDORES. AÑO 1687³³.

Cerrando la plaza en su lado oriental se halla el edificio que fue la antigua lonja y que se le conoce bajo el nombre de *Casa de los Arcos*. Debió construirse a fines del siglo XVII con la finalidad de servir de lonja, sufriendo a lo largo de tres siglos numerosas transformaciones, siendo rehabilitado en la actualidad para dependencias municipales. La construcción está trazada en ángulo recto, destacando en planta baja galería abierta o corrida compuesta de diez arcos de medio punto, que descansan en pilares de sección cuadrada. A fines del siglo XIX y con la construcción de la nueva lonja, los bajos del edificio se ocuparon por varios comercios.

Un elemento característico en la fisonomía urbana de Yecla y de su Plaza Mayor es la denominada *Torre del Reloj*, que queda adosada al edificio del Pósito o Alhorín en su lado oeste. Originariamente fue la torre-campanario de la desaparecida ermita de la Virgen de la Nieves, que fue construida en la primera década del siglo XVII. La torre fue reformada en el año 1780, restaurándose en los años 1854, 1954 y 1982. Su planta es cuadrada con basamento en sillería y obra en ladrillo, y se estructura en dos cuerpos: el inferior, dividido en tres tramos donde queda instalada la máquina del reloj (tramo medio) y el cuerpo de campanas con cuatro vanos de medio

punto con sendos balconillos (tramo superior); y el superior, presenta cubierta a cuatro aguas coronada por una pequeña torre cilíndrica, con cuatro pequeños vanos de medio punto.

Cierra el conjunto monumental de la Plaza Mayor de Yecla el actual *Auditorio Municipal*, inaugurado en el año 1982, tras las obras de restauración y rehabilitación de lo que fue al antiguo edificio de la lonja municipal, construida en el año 1885 según proyecto el arquitecto Justo Millán Espinosa, en el solar que ocupó la ermita de la Virgen de la Nieves. Se trata de un edificio de amplia nave interior de planta rectangular, cubierta de armadura de madera a doble vertiente apoyada sobre cuchillos y tirantes transversales de hierro, que descansa sobre una veintena de finas columnas de forja.

Por el estrecho paso que da a la calle Martínez Corbalán³⁴ salimos de la Plaza Mayor. Nos introducimos en la arteria o eje principal de la ciudad, que a modo del "cardo máximo" de las antiguas ciudades romanas, ha servido de referente para el desarrollo urbano de Yecla desde el siglo XVI, vertebrando las diversas expansiones operadas hacia el norte, levante y poniente. Hacia la mitad de este eje nos encontramos con la mole pétreo de la iglesia Nueva, epicentro de la Yecla moderna, sujeta a lo ortogonal, a anchas y amplias calles que fueron trazadas bajo la racionalidad clasicista del siglo XVIII y que dos siglos después Azorín contemplara con cierto desaire:

³³ Ibidem. nota 26. p. 80-81.

³⁴ Francisco Martínez Corbalán (1833-1890) Abogado, Registrador de la Propiedad y Político conservador nacido en Yecla. Fue Diputado a cortes (1876), gobernador civil de Alicante (1875), de Murcia (1878) y de Sevilla (1878). Director General de Administración Local y Subsecretario del Ministerio de la Gobernación. Véase ORTUÑO PALAO, Miguel; ORTÍN MARCO, Carmen. *Las calles de Yecla...* pp. 150-151.

³⁵ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*, 1902. Primera Parte. Capítulo 1. p. 122.. Edición María Martínez del Portal. (1997)

³⁶ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902 Prologo. P. 113. Edición María Martínez del Portal (1997) "RUIZ MOLINA, Liborio."La Arqueología en «La Voluntad» de Azorín». *Yakka. Revista e Estudios Yeclanos*. 12. (2002) pp. 159-178

«Y la edificación moderna comienza: casas anodinas, vulgares, pintarrajeadas; comercios polvorientos, zaguanes enladrillados de losetas rojizas. A ratos, una vieja casa solariega levántase entre la monotonía de las casas recientes; junto a los modernos balcones chatos, los viejos voladizos balcones sobresalen adustos... >>>³⁵

La iglesia Nueva de Yecla o Basílica de la Purísima, es el monumento definidor por antonomasia de Yecla, símbolo de "la voluntad" de todo un pueblo, que será capaz de edificar, para asombro del mundo, una catedral en pleno siglo XIX.

« En las viejas edades, el pueblo fervoroso abre los cimientos de sus templos, talla las piedras, levanta los muros, cierra los arcos, pinta las vidrieras, forja las rejas, estofa los retablos, palpita, vibra, gime en pía comunión con la obra magna.

La multitud de Yecla ha realizado en pleno siglo XIX lo que otras multitudes realizaron en remotas centurias. La iglesia Vieja no basta...>>³⁶

En el prólogo de *La Voluntad*, de donde hemos extraído el fragmento anterior, se da cuenta de algunos detalles y pormenores de la construcción de la iglesia Nueva, aunque estos apuntes o datos objetivos no son más que un recurso, que Azorín introduce para derivar en los que verdaderamente importa en la construc-

ción de este templo, y que no es más que contemplar el hecho desde la intemporalidad, comparando tiempos remotos con tiempos recientes, extrayendo como denominador común en esa consideración reiterativa, casi obsesiva de Azorín en esta novela, de que «*La fe revive*»: la construcción, en tiempos remotos, del templo del cerro de los Santos en la mítica ciudad de Elo³⁷ y la construcción, en tiempos modernos, de otro templo en la ciudad de Yecla, la colosal basílica de La Purísima.

<< Y ved el misterioso ensamblaje de las cosas humanas. Hace veinticinco siglos, de la misma cantera del Arabí famoso en que ha sido tallada la piedra de esta iglesia, fue tallada la piedra para el templo pagano del cerro de los Santos. Al pie del Arabí se extendía Elo, la espléndida ciudad fundada por egipcios y griegos. La ancha Vía Heraclea, celebrada por Aristóteles, se perdía a lo lejos entre bosques milenarios. El templo dominaba la ciudad entera. En su recinto, guarnecido de las rígidas estatuas que hoy reposan fríamente en los museos, los hierafontes macilentos tenían, como nosotros, sus ayunos, sus procesiones, sus rosarios, sus letanías, sus melopeas llorosas; celebraban, como nosotros, la consagración del pan y el vino, la Navidad, en el nacimiento de Agni, la semana Mayor, en la muerte de Adonis. Y la multitud acongojada, eternamente ansiosa, acudía con sus unguentados y sus aceites olorosos, a implorar consuelo y

*piEDAD, como hoy, en esta iglesia por otra multitud levantada, imploramos nosotros fÉrvidamente: Ungüento pietatis tuae medere contritis corde; et oleo misericordiae tuae refove dolores nostros»*³⁸.

La primera piedra del edificio se coloca el 22 de octubre de 1775, principiándose la construcción según proyecto de José López, que será cesado en la dirección de obras en el año 1777, encargando la nueva dirección a Mateo Bolarrín y José Alcami, que introducirán como modificación al proyecto de López la reducción en las dimensiones del edificio, respetando, eso sí, el diseño trazado por aquel. Los problemas económicos obligan a paralizar las obras en el año 1793. En el año 1803 se inician de nuevo pero son paralizadas con motivo de la Guerra de Independencia. No será hasta el año 1859 cuando se reinicien las obras, en esta ocasión según proyecto de Jerónimo Ros, abriéndose el edificio al culto el día 30 de noviembre de 1868.

La iglesia es de planta basilical de tres naves y amplio crucero dando como resultado la traza en cruz latina. Las naves quedan separadas por arcos de medio punto, siendo la nave central y el transepto de mayor altura que las naves laterales, presentando bóvedas de medio cañón los primeros y bóveda de aristas las segundas. La ornamentación de las bóvedas de la nave central, del crucero y el transepto con frescos de temática mariana, realizados a mediados de siglo XX por el pintor

Manuel Muñoz Barberán, dan a la austera ornamentación neoclásica del templo un toque barroco, aportando un cierto aire mayestático al edificio. La austeridad interior se trasluce también en el exterior, donde la sensación de robustez del conjunto se rompe por el elemento más característico del edificio, la cúpula. Ésta queda levantada sobre un elevado tambor circular abierto en ocho huecos rectangulares, enmarcados en sucesión armónica de pilastras dobles de estilo jónico. La cubierta peraltada esta elaborada con revestimiento de tejas vidriadas dispuestas en bandas helicoidales azules y blancas³⁹.

« Y sobre el oleaje pardo de los infinitos tejados, paredones, albardillas, chimeneas frontones, esquinazos, surge majestuosa la blanca mole de la iglesia Nueva, coronada por gigantesca cúpula listada en blancos y azules espirales» >⁴⁰.

La idea de ciudad fósil estancada en su propia historia que apuntábamos al comienzo del presente artículo, como ya se dijo, viene a ser el símbolo de un mundo en decadencia, exhausto y sin capacidad de respuesta ante su inminente destrucción, quedando en esa idea una clara predisposición hacia la tanatofilia por parte del discurso intelectual de la época. A este respecto Fernando R. de la Flor indica que: "Todo el siglo XIX conocerá este atractivo letal y necrofílico que los lugares de la memoria españoles emanan como una parte sustancial de su

³⁸ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Prólogo, pp. 115-116. Edición María Martínez del Portal (1997).

³⁹ Véase a respecto: DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier. "La Iglesia Nueva de Yecla, entre el arte y la Historia". *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, 193. pp. 47-53; PALAO PUCHE, Francisco V. y PUCHE MARTÍNEZ, M^a C. "Serena austeridad: a belleza de la Basílica de la Purísima" *Yakka. Revista de Estudios Yeclanos*. 3(1991). pp. 169-179.

⁴⁰ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición de María Martínez del Portal (1997) Primera Parte. Capítulo I. p. 119-120.

⁴¹ FLOR, Fernando R. de la "Lugares de la memoria..." p. 137.

⁴² MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición María Martínez del Portal. (1997) Primera Parte. Capítulo XV. P. 195.

⁴³ Sobre el grupo escultórico de la Virgen de las Angustias véase: DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier. "El grupo escultórico de la Virgen de las Angustias, una obra de Salzillo en Yecla. Valoración artística y tratamiento para su conservación" *Actas del XI Congreso de Conservación y Restauración de Bienes Culturales*. Castellón : Servicio de Publicaciones de la Diputación, 1996. pp. 7111-724.

⁴⁴ Sobre la escultura del Cristo arrodillado sobre la cruz de Esteve Bonet véase: DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier. "El Cristo a punto de ser clavado en la Cruz, de Yecla, obra escultórica de José Esteve Bonet. Valoración artística, restauración y proceso restaurativo". *Actas VIII Congreso de Conservación de Bienes Culturales*. Valencia: Generalitat Valenciana. 1990. pp. 256-260.

valor y del atractivo fascinador que tiene para la mirada intelectual y artística⁴¹.

Es precisamente la iglesia Nueva el lugar donde este atractivo al que se hace referencia se muestra más contundente, a la vez que evidente, en *La Voluntad* de Azorín. El siguiente fragmento es prueba de ello, y dice así:

« *La última estación es la iglesia Nueva. Sus anchas naves clásicas están silenciosas. La comitiva reza un momento y sale. La luna ilumina las anchas calles solitarias. En el cielo pálido se destaca la inmensa mole del templo. Esta construido de piedra blanca, tan arenisca que se va deshaciendo, deshaciendo... Ya los dinteles de las puertas, las cornisas, la parte superior de los muros, la iglesia toda, tiene un desolador aspecto de ruina. Y Azorín piensa en la inmensa cantidad de energía, de fe y de entusiasmo, empleada durante un siglo para levantar esta iglesia, esta iglesia que apenas acabada ya se está desmoronando, disgregándose en la Nada, perdiéndose en la inexorable y escondida corriente de las cosas* »⁴².

Entremos un instante en este grandioso templo de piedra blanca para contemplar dos obras de arte, depositadas en dos de las capillas que se sitúan en la girola del edificio. La primera, *El grupo escultórico de la Virgen de las Angustias*, obra del imaginero Francisco Salzillo

(Murcia, 1707-1783), ejecutada en el año 1763 en madera de pino policromada. El historiador del arte Francisco Javier Delicado Martínez opina de ella que el grupo escultórico: "impregnado de un preciosismo ítalo-levantino, enlázale dramatismo contenido del Dolor vivo con la mudez expresiva de la Muerte y agita ese encuentro con una pasión, un ímpetu desbordado, como solo podía sentirlo la estatuaria del último instante del barroco." La composición triangular del grupo guarda un perfecto equilibrio en su conjunto: el cuerpo muerto de Cristo, de bella traza anatómica, apoyado en las piernas de una Virgen sedente con expresión de angustia dolorosa. La belleza del conjunto es extraordinaria⁴³.

La segunda de las obras, el *Cristo arrodillado sobre la Cruz*, obra del escultor valenciano José Esteve Bonet (Valencia, 1741-1802), ejecutada en el año 1800, se expone en la Capilla de la Comunión. Esta pequeña escultura es conocida popularmente en Yecla como "el crístico" y durante mucho tiempo se creyó obra de un discípulo de Salzillo. En opinión de Delicado Martínez: "Esta obra de Esteve, por la exactitud de las proporciones, la suavidad de su modelado y la elegancia en la actitud, hacen de ella una escultura imaginera de antología en la escultura pasionista española"⁴⁴.

Nuestros pasos se dirigen, pendiente abajo, por la calle San Francisco hacia lo que fue en otro tiempo el llamado plano de San Francisco, espacio que se antepone al antiguo convento alcantari-

no de San Francisco. El convento franciscano fue construido entre 1600 y 1612, aunque si bien los franciscanos habían fundado en el año 1564 en Yecla la sexta casa de la Orden en la provincia de San Juan Bautista, en concreto en la pequeña ermita de La Magdalena a 4 kilómetros del casco urbano de la villa. En 1582 se instalarán en la ermita de San Roque, situada a las afueras del núcleo de población y allí permanecerán hasta la apertura del nuevo convento, hacia el año 1612⁴⁵. Las instalaciones franciscanas se verán ampliadas con la construcción de la Capilla de la Virgen de las Angustias (1735-1746) a expensas del la Venerable Orden Tercera de San Francisco, constituida en Yecla a en el año 1725; al igual que el camarín dedicado a la titular de la capilla, construido en el año 1763, y cuyo grupo escultórico, obra de Francisco Salzillo, será instalado el 28 de enero 1764. A partir del año 1836 y por el decreto de supresión de las ordenes religiosas y la aplicación de las medidas desamortizadoras de Mendizábal, los frailes franciscanos son exclaustrosados y el edificio quedará abandonado durante unos años, llegando a ser utilizado algún tiempo como hospicio. Entre los años 1858-1859 Jerónimo Ros, el mismo que concluye las obras de la iglesia Nueva, proyecta un nuevo edificio aprovechando las antiguas instalaciones del convento franciscano, adaptándolo como centro de enseñanza para los Padres Escolapios, que comenzarán a regentarlo a partir del año 1861⁴⁶.

En este colegio estudió como alumno interno durante ocho años José Martínez Ruiz "Azorín", hasta que marchó en el año 1888 a cursar estudios universitarios a Valencia. Sus años de escolar en Yecla serán inmortalizados no solo en *La Voluntad*, que nos sirve de compañera de viaje en esta ocasión, sino también, y sobre todo, en *Las Confesiones de un pequeño filósofo*, novela que publicará en el año 1904.

Nos paramos, frente al busto de Azorín, en lo que otrora fuese el plano de San Francisco y que a mediados del siglo XIX se convirtió en un espléndido y romántico jardín, y caemos en la cuenta que prácticamente no es más que un atisbo de lo que fue, y de lo que pudo ver el "pequeño filósofo" en su infancia y adolescencia. Solo el viejo edificio de la iglesia de San Francisco, que a duras penas resiste en pie, y la pequeña ermita de San Roque en sus proximidades quedan de aquello. Nada hay del viejo colegio, el largo edificio de las Escuelas Pías; solo el brocal del viejo pozo de aquel misterioso patio que Azorín miraba con secreta curiosidad; tampoco queda nada de aquel romántico parque....

Caminamos unos pasos y llegamos al final de nuestro recorrido. Antiguamente y en este punto nos encontraríamos en el límite de lo urbano con la huerta. Estamos en el umbral de entrada a la ermita de San Roque, edificio construido en el siglo XIV en acción de gracias por haber salido la población indemne de la epidemia de peste. Junto a san

⁴⁵ ESPINALT GARCÍA, Bernardo. *Atlante Español. Descripción general del Reino de España.* Tomo I Reino de Murcia. Tomo I. Madrid, 1778. p. 160.

⁴⁶ AHM. Yecla. Legajo 612.

⁴⁷ DELICADO MARTÍNEZ, Francisco Javier. "Carpintería mudéjar de la ermita de San Roque de Yecla. (Murcia)" *Archivo de Arte Valenciano*. Valencia, 1985 pp. 54-60.

⁴⁸ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición María Martínez del Portal (1997). Primera Parte. Capítulo XV. P. 193.

⁴⁹ LÓPEZ AZORÍN, Fernando. Y RUIZ MOLINA, Liborio. "El Padre Lasalde y la colección ibérica del Museo de Yecla". *Catálogo Exposición "La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo"*. Coordina. Juan Blázquez Pérez. Madrid, 2000.

⁵⁰ MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición María Martínez del Portal. (1997). Parte Primera. Capítulo XVI. p. 197.

Roque y como santo cotitular de la ermita figura desde su fundación San Sebastián. Es un pequeño edificio de nave única, que conserva en su interior la techumbre ornamentada con un precioso artesanado de estilo mudéjar fechado siglo XVI⁴⁷.

De nuevo surte esa sensación de angustia en el convencimiento de que algo de nosotros, de nuestra propia identidad se pierde irremediamente y que solo van quedando, como pequeños retales esparcidos, casi inconexos, estos reducidos espacios de la memoria.

« San Roque es una iglesia diminuta, acaso la más antigua de Yecla. Se reduce a una nave baja, de dos techos inclinados, sostenido por un ancho arco ligeramente ojival. En la techumbre se ven las vigas patinosas; en el fondo destaca un altar sencillo. Y un Cristo exangüe, amoratado yace en el suelo, sobre un roído paño negro, entre cuatro blandones. Algo como el espíritu del catolicismo español, tan austero, tan simple, tan sombrío; algo como el alma de nuestros místicos inflexibles; algo como la fe de un pueblo ingenuo y fervoroso, se respira en este ámbito pobre, ante este Cristo que reposa sencillamente en tierra, sin luminarias, sin flores. Y Azorín ha sentido un momento, emocionado, silencioso, toda la tremenda belleza de esta religión de hombres sencillos y duros»⁴⁸.

Testigos mudos, impertérritos ante el paso del tiempo, nos observan en la

quietud de una sala del museo arqueológico de la ciudad las estatuas del Cerro de los Santos, aquellas que Carlos Lasalde, "el sabio arqueólogo", descubriera en sus excavaciones allá por el año 1870⁴⁹. Están labradas en la misma piedra empleada para construir el templo que las albergó y la que fue utilizada para construir la iglesia Nueva. Miro la foto de Carlos Lasalde que hay colgada en unas de las paredes y recuerdo que:

<< Carlos Lasalde es un hombre bueno y un hombre sabio. Aquí en su cuarto de este colegio tan espacioso y soleado, él ha puesto cuatro o seis estatuas de las que ha desenterrado en el Cerro de los Santos. Y en esos días buenos, mientras el sol entra en tibias oleadas por los balcones abiertos de par en par, Yuste y el Padre Lasalde platican como dos sabios helénicos, ante estas estatuas rígidas, hieráticas, simples, con la soberana simplicidad que los egipcios ponían a su escultura»⁵⁰.

Afirmaba con gran tino Antonio de Hoyos, con relación a la estatuaria ibérica del Cerro de los Santos inmortalizada en *La Voluntad*, que: "Un sabio natural de Elo, un hombre anciano, dos muchachas preyeclanas y un hierafonte con aire pedagógico, por un momento han sido personajes de *La Voluntad*. En esta corta peripecia de revivir el pasado tomó parte Antonio Azorín, el Padre Lasalde y el Maestro Yuste, y entre las piedras y los vivos comenzó la verdadera historia de

las tierras altas del SE de España. La historia comienza disciplinada con la arqueología y el arte, con el ojo crítico del noventa y ocho"⁵¹.

El maestro Yuste se ha parado delante de las estatuas y en voz alta nos comenta:

« Hay quien sospecha que las estatuas encontradas son retratos auténticos de las personas que más se distinguían por su talento y sus virtudes en la ciudad... Yo también lo creo así, y aplaudo sin reservas los sentimientos afectivos y admirativos de estos buenos habitantes de Elo...»⁵²

A lo que Antonio Azorín apostilla:

<< Yo las he mirado y remirado largos ratos en las salas grandes y frías. Y al ver estas mujeres con sus ojos de almendra, con su boca suplicante y llorosa, con sus mantillas, con los pequeños vasos en que ofrecen esencias y ungüentos al Señor, he creído ver las pobres yecianas del presente y he imaginado que corría por sus venas, a través de los siglos, una gota de sangre de aquellos orientales meditativos y soñadores»⁵³.

⁵¹ HOYOS, Antonio de. "Personajes de piedra de La Voluntad". *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*. Murcia: Universidad, 1961-1962. p. 459..

⁵² MARTÍNEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. 1902. Edición María Martínez del Portal (1997). Parte Primera. Capítulo XVI p. 198.

⁵³ AZORÍN. *Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2000. Edición José María Martínez Cachero, p. 74.